

CAPITULO 4: LA AGENDA FEMINISTA Y SUS OBJETIVOS

La lectura de los orígenes y el desarrollo del movimiento feminista dejan claro que la ordenación de las mujeres al ministerio es apenas un punto de una agenda mucho más amplia. Es claro que no todos los que defienden la ordenación de la mujer concuerdan con toda la agenda del movimiento feminista cristiano. Sin embargo, considerando que muchos de los argumentos usados para defender la ordenación femenina son los mismos que son utilizados para la defensa del lesbianismo o del homosexualismo en las iglesias, para las versiones feministas de la biblia, y para el mismo re-invento de Dios y del cristianismo, se percibe que la ordenación femenina es sólo un pedazo de un todo indivisible, que tarde o temprano habrá de prevalecer donde se le dé oportunidad, con sus desastrosas consecuencias.

La exigencia para ser admitida como mujer a todos los cargos o ministerios, no es más que la punta del iceberg. Se quiere tener poder “en el cargo”, con el fin de crear toda una nueva religión. Acerca de esto Noami Goldenberg dice lo siguiente: “Pensaba en mujeres que funcionen como rabinos, sacerdotes y pastores... y que lleven las vestiduras del clero, y cumplan sus tareas, y, de repente, vi un problema: ¿cómo podrían las mujeres representar a un Dios masculino? Dios cambiará... Nosotros, las mujeres, acabaremos con Dios... Nosotras seremos su final. Cambiaremos tantísimo el mundo que Dios ya no encaje más en él. Jesucristo no puede representar ni encarnar la liberación de las mujeres. Por eso las feministas deben dejar detrás de ellas a Cristo y la Biblia”.

El círculo de femineidad Ixchel, proclama el sentir íntimo de las feministas: “Somos las que somos. Las que vamos siendo. Sin dogmas ni condicionamientos. La belleza verdadera se irradia desde adentro, desde el brillo genuino de nuestra pasión pulsante. Somos hembras bellas, auténticas y sabias. El pujo de la Vida nos corona como Reinas. Tejemos nuevas redes restaurando esperanza. Somos Mujeres Bendecidas, creadas a imagen y semejanza de la Divina Madre. Ciclamos con la Luna, danzamos con la Tierra, y en esa danza espiral nos renovamos, restaurando nuestras heridas, convirtiéndolas en portales hacia la sanación y la integridad. Somos cálices sagrados donde mora la Diosa, Infinita y Lejana, y, al mismo tiempo, íntimamente Cercana. Somos Mujeres Sagradas, transformadoras conscientes, Guardianas de la Vida y la Renovación Permanente”. Y este estilo, de extrema adulación de las feministas es el que se escucha cada vez con más frecuencia en los labios de las nuevas líderes, impulsoras de este sofisma.

Quien argumente que ésta no es una buena razón para prohibir la ordenación femenina está yendo no sólo contra el Apóstol Pablo sino contra la inspiración misma de las Escrituras por medio del Espíritu Santo. Por tanto, si para el Apóstol Pablo los roles del hombre y la mujer están diferenciados, por el Espíritu Santo, desde el orden mismo de la creación y no en demandas provisorias de las iglesias o aspectos culturales de la época, también lo deben estar para todos los verdaderos creyentes en la Biblia.

